

DE LA EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES

I

EN este Certamen, cuyo análisis tan necesitado está siempre de prólogos, hemos observado dos cualidades que nos satisfacen: la abundancia y la superior calidad que surge cuando hacemos la comparación con los celebrados en años anteriores. La abundancia nos agrada porque indica un aumento en la lista de nuestros artistas, y además la incorporación a esta tarea artística oficial de nombres que han estado alejados de ella. Los dos hechos tienen la mejor consecuencia para demostrar que la resurrección artística de España se produce paulatinamente, y que la paz ha dado como signo feliz la fecundidad en el arte. Esto no quiere decir que la Exposición sea un conjunto de calidades excepcionales. No lo es por muchas ausencias y por la obligación que creen tener los participantes de sujetarse a un módulo que ellos creen —mal creen— que es el que más les conviene para recoger las recompensas, que tanto influyen en la carrera del artis-

ta. Faltan muchos pintores y escultores, que podían traducir nuestro tiempo con mejor fortuna que la que nos ofrece el paso y repaso por las salas. Hay un aliento «pasado», al que es difícil sustraerse, y como toda afirmación general, tiene sus excepciones. La secuela del impresionismo se aparece en otras fórmulas, que recogen más la facilidad y huída de medios de expresión que puede representar que sus dificultades y su sentido. La ligazón con lo que fué es lo que más se acentúa en el Certamen. Los realismos y neoimpresionismos, que pudiéramos llamar «fijos», son los que más abundan, y el tono medio lo forman estas directrices. Sin duda alguna, la Exposición revela la preocupación media de los artistas, y así como ayer predominó «la historia», luego «el costumbrismo», más tarde «la anécdota social» y, por último, un trasnochado «modernismo», ahora predomina un «realismo» que nos ofrece pocas soluciones diferentes y sí un tono de uniformidad que es necesario corregir para que no sea solamente sobre un mismo tipo ideal y plástico sobre el que se funde el arte contemporáneo. Es curioso advertir el mismo tono de uniformidad, incluso en los que se apartan de ese guión, y acaso sean los artistas regionales los más representativos en ese aspecto, ya que a una unidad de criterio ellos oponen otra unidad tan parecida entre sí, que pocos elementos nos quedan para diferenciar la obra de unos y otros. La labor del Jurado de Admisión ha sido feliz, ya que ha armonizado la visualidad, soslayando bien la obligatoriedad del tamaño.

Pero lo importante es que la Exposición se ha ampliado. Podríamos comparar la participación de hoy con la de tantos años pasados y veríamos cómo se han abierto ventanas y se han aumentado las excepciones. No encontraremos muchos lienzos que nos hablen de los problemas artísticos del mundo relacionados con el medio de expresión o con el impulso ideal que los anima, ni que reflejen el tiempo de hoy en relación con el hombre. Y no existe, no porque no haya quienes sean muy capaces de crearlos, sino por ese sometimiento que de antemano hace el pintor o el escultor ante el «envío» a la Exposición Nacional. Y es lástima, porque hoy España ofrece un grupo de artistas jóvenes del

mayor interés, y sigue constituyendo, o mejor dicho, empieza a constituir refugio seguro para muchos males del Arte. Nombres españoles ocupan hoy la atención universal, y esa verdad es preciso que la traduzcan en todos los ámbitos quienes tienen el deber que el Arte impone, que es superior a buscar una manera de hacer y en ella persistir cómodamente sin ampliar el panorama intelectual o el imaginativo. Pero sobre las ausencias y los modos más generales está la mayor calidad de esta Exposición Nacional, por la que rápidamente vamos a recoger ligeros apuntes.

* * *

La posible crítica se hace muy difícil ante el maremágnum de lienzos que llenan las paredes del Palacio del Retiro. La unión de distintas voluntades pictóricas desordena la visión y sólo cabe en el recuerdo del apunte encontrar algún resquicio para hallar rápidamente un adjetivo que nos afirme la personalidad de un pintor. Acaso la sala más lograda en la unión de resultados, la que elegiríamos en un intento de selección, es la sala décima. En ella se encuentra la obra más firmemente conseguida de la Exposición. Nos referimos en la pintura joven al retrato original de Juan Antonio Morales.

De la obra de Vázquez Díaz nos satisface, en sus tres envíos, la idea plástica que los origina, y de ellos elegimos el titulado «Infancia Rosa», en donde la maestría y el aliento sutil del pintor se nos muestra más atrayente y más conseguido en cuanto a la definición que le pertenece. La intención y la realización colorista constituyen un acierto de gracia y una afirmación de una sensibilidad excepcional. En esta misma sala nos detiene la obra de una mano femenina: la de Menchu Gal con dos retratos muy acertados, resueltos con grave propósito y conseguidos con la categoría necesaria para afirmar el mérito. Redondela, el joven pintor, nos ofrece un paisaje donde la sola disposición de la materia es suficiente para que nos demos cuenta de la calidad pictórica de este artista.

En esta misma sala —la más afortunada— se encuentra otra obra llena de sincera emoción. Se trata de un retrato de Delhy Tejero, muy afortunado en su expresión y que revela un estudio de formas, a las que se llega después de haber despojado el motivo del modelado detallado. Joaquín Vaquero se halla representado por dos lienzos, elegidos por su gran dificultad de conocimiento. Uno de ellos es la demostración de cómo con la mínima referencia colorista se puede captar un aspecto ingrato de la naturaleza y crear con él —esto es lo importante— una suma de resultados plásticos del mayor interés. Es el primero la reducción de una escala cromática a su más pequeña valoración y a pesar de ello conseguir el mayor efecto colorista. La paradoja es precisamente el secreto de este lienzo, que produce auténtica impresión. El otro es un paisaje en llamas, en donde el dramatismo se esparce en unos precisos toques y pinceladas de color. Las dos composiciones nos indican la ascensión de este artista, al que podemos aplicar el adjetivo de hispano-americano, incluso en el temario de su obra.

Después de pasar la sala décima, que es la que más detiene los pasos, llegamos a otra sala, que pudiera ser la segunda en una posible selección. Se presenta en ella a Jenaro Lahuerta con uno de los envíos más considerables de la Exposición: el retrato de *Azorín*. Acaso en un análisis muy severo consideráramos que el pintor se ha detenido demasiado en algunos detalles, que sólo le han servido para demostrar su facilidad y buen conocimiento del oficio, pero que no añaden nada a la realización hecha —muy para Exposición—, pero ajustado en todos sus valores dentro del concepto elegido. Uno de los artistas que con la menor dimensión ha conseguido un importante envío ha sido Lozano. En esta sala figura, para nosotros, el mejor paisaje de la Exposición. Lo es por la aparente facilidad con que están conseguidos los términos, por la grave dulzura con que están tratados los elementos que lo informan y por la aprehensión feliz de un aire y de un ambiente. Lozano no confunde —no sería fin artístico— la naturalidad de un tema elevado en la captación con la naturalidad del oficio

artístico. El resultado es tan bello, que más parece una representación mental que una representación natural. Podíamos encasillarle en una probable escuela inglesa; pero nos lo impide el otro paisaje, que entra en una definición que se ha dado en llamar azoriniana y que destruye la filiación primera. Eugenio Hermoso, el ilustre artista, bien acompañado por Covarsi y Labrador con bien compuestos lienzos de escenas extremeñas, ha realizado un esfuerzo que coincide con su exposición del Museo de Arte Moderno. En ambas se aprecian seguros valores tradicionales, y en este último envío se afianza más la característica que le ha dado justa nombradía. Grosso, con su habitual entintamiento, hace acto de presencia, acompañada por varios representantes de la escuela catalana, en diferentes matices, y de los cuales es uno de los más afortunados Rodríguez-Puig con un paisaje urbano.

En el resto de las salas la confusión se hace mayor. Quedan aisladas muestras de diferentes valores, y el azar de los apuntes nos señala los aciertos que dentro de cada propósito se han alcanzado. En la sala 12, Pedro Bueno penetra con la gracia y hondura sabiamente unidas que distingue su obra en el retrato que ofrece, al igual que la *Trapera*, de Gómez Cano. El parentesco entre estos dos artistas se hace patente, a pesar de la aparente diferencia del lenguaje pictórico que eligen. De los dos cabe esperar la realidad definitiva. Agrada a la sensibilidad literaria el acierto de Bráñez, que en dos paisajes de sencilla ejecución descubre valores importantes, ya confirmados en sus grabados. Molina Sánchez Farré, Dal Re, Ribera, Masriera y otros, dentro de sus especiales características, se limitan a confirmar su nombre.

Antes de seguir el recuento rápido de lo más destacado queremos hacer mención especial de los dos paisajistas que figuran en el Certamen como candidatos a la Medalla de Honor: Núñez Losada y Vila-Puig. Con facturas de situación emocional bien diferentes, el primero presenta conocidos efectos lumínicos de muy difícil ejecución técnica y, dentro de la fidelidad y tonos habituales, el paisaje encuentra una definición particular muy de siglo pasado, pero con el mérito de maestro al encontrar en el pincel

la diferenciación de calidades y una transparencia entre los elementos que elige que da al motivo una cierta valoración.

De los que la crítica y el público considera como candidatos más justificados a las recompensas destaca el nombre de Enrique Segura, que presenta un lienzo de concepción muy feliz y de realización limpia y ejemplarmente ágil. La soltura de los trazos y la gracia con que está conjugado el colorido confirman la maestría excepcional de Enrique Segura, que, en una carrera de triunfos cada vez más notorios, ha alcanzado la cumbre de la mejor nombradía entre nuestros pintores contemporáneos. En este caso Enrique Segura ha elegido un tema campesino, al que ha sabido dar una nobleza que, sin embargo, no desvirtúa el espíritu graciosamente popular que anima el lienzo. Lo característico de esta obra es la desenvoltura verdaderamente magistral con que está realizada. Hay en la matización de calidades una sutil lección de arte pictórico que deberá hacer meditar a los jóvenes que aspiran a las conquistas del arte por caminos demasiado fáciles. Enrique Segura ha llegado a la cumbre de su maduración artística por el difícil derrotero de la autenticidad y de la más escrupulosa exigencia. Muy pocos como él pueden ofrecer una candidatura de tan limpia ejecutoria para las más altas distinciones que pueden otorgarse en este certamen nacional.

En la sala segunda, Núñez de Celis sigue la huella de su padre, procurando una semejanza en la obra tanto en el pensamiento como en la consecuencia. Corrales Egea, pintor que fué de esperanzas, las vuelve a ofrecer con nuevos fundamentos. Sáinz de la Maza hace demostración de buen dibujo en su cuadro, y forman el conjunto, con destellos aislados, Ariet, Perelló, Mercé y Maravall.

En la sala tercera, tres apellidos muy castellanos: Díaz, con una ambición fraccionada; Gómez, con un paisaje, y Rodríguez, con un lienzo en que predomina la línea, sobresalen de una lista en la que forman Martí, Ardave, Apellániz y Olortúa; este último con un paisaje interesante. Renau se ha limitado a un envío escogido al azar entre su tranquila colección de paisajes.

En la sala cuarta, las flores, tema muy propicio para la Nacio-

nal, encuentran en Carles al mejor intérprete del conjunto, tanto que su obra es, con cierto regusto francés, la que mejor presta categoría al tema, acaso sea porque la superficialidad del modelo tiene una justa correspondencia plástica que obtiene la gracia formal más sugestiva; pero, dentro de lo decorativo, posee serios valores pictóricos, como cuadro debido a quien además es inteligente crítico. Lozano, de quien ya hemos hablado con el elogio que merece; Vidal, Lloveras, con un retrato amable; Sánchez Cayuela, con buen sentido pictórico; Freixas y Fabregat completan la lista.

En la sala quinta nos encontramos con Juan Miguel Sánchez, a quien seguimos con interés, y en esta ocasión no hallamos los mismos fundamentos que tuvimos para el elogio. Su cuadro, con muchos elementos que se salvan en calidades, obedece a un concepto artístico diferente a su anterior norma, y aunque en todos se puede alcanzar igual éxito, en esta modalidad de predominio anecdótico—no por la anécdota en sí, sino por la significación dada—este interesante pintor no consigue en el guión de color que se impone ni en la composición en general los resultados que eran de esperar. Algunas cabezas poseen esa certera visión de pintor que tanto nos sorprendió al contacto primero con la obra de Juan Miguel Sánchez. Miravalls puede ser enjuiciado con las mismas palabras anteriores. Macarrón sigue en su aspiración con buenas calidades en muchas de las partes de su bien compuesto lienzo. Vila Cañellas presenta un lienzo muy efectista, con buenos efectos lumínicos y de gran sorpresa para el espectador, al que la luz repartida siempre le parece un hallazgo digno de elogio. Cerdá, Díaz-Domínguez, Ros, Romo, Gil Sala, con un cuadro muy siglo XIX; Prieto, Salcedo, García del Moral, Miravalles, con clara influencia, completan el interés.

En la sala sexta, Sancho hace gratuito envío de su pintura en buen ejemplo para los que obtuvieron iguales recompensas que él, y a su lado se hallan como más destacados Francisco Ribera, R. Echevarría, con un lienzo muy inspirado en los clásicos; Pons Arnau, conocedor de una faceta lumínica de la pintura, y Juan



S. E. el Jefe del Estado acompañado de su esposa y del Ministro de Educación Nacional, D. José Iribáñez Martín, en el acto inaugural de la Exposición



«María», por Enrique Segura



Aspecto de una de las salas de la Exposición de Bellas Artes



«Por la Cruz y por la Espada», de Moisés Huertas

Luis, digno de igual reconocimiento que Sancho y siempre con el interés de sus dudas de expresión.

En la sala séptima nos detienen por diversas causas Muxart, Gusinye, Martines de Andrés y, emocionadamente, Redondela, con uno de los mejores paisajes del certamen, si no el más puro y sentido, y cuyo elogio ya hemos hecho.

Acompañan a Gregorio Prieto los nombres de Simpson, con un acertado retrato de Baroja; Vilamosa, Doria, Mingorance, y Du Platier y Soler Puig completan el conjunto.

En la sala novena, con Núñez Losada se halla también García Morales, que, aunque no ha dado la obra que de él se espera, sigue firme en su anuncio de valor auténtico. Baque, Cases, Blanco, Ferrer y Fontavet cierran el recuento.

De esta sala pasamos a la sala trece—ya que antes comenzamos por las preferidas para nosotros—. En este apartado Gómez Cano repite en el paisaje el acierto de la sala doce. Le acompaña Mozos, que se distingue de sus compañeros por el trazo de gran pintor que busca incesante su dimensión y que nos detiene con su peculiar manera de hacer, siempre interesante. Berdejo y Santiago Martínez ofrecen, con Tuset, un particular interés. Izquierdo y Vivas, autor de los conocidos lienzos destinados al Museo del Ejército, afirma su maestría de profesor en rígida y difícil norma, pero con emotividad; y a su lado, en la misma línea, aunque con diferente expresión, P. García Camio. Berdejo completa el conjunto, en el que figura la obra de Solís-Avila. Vila Puig, de quien ya hemos hecho mención, figura en esta sala, así como la obra tan discutida de Benito Prieto.

El resto de las salas dedicadas a Pintura nos ofrece muchos de los nombres vistos en las anteriores. Sería ociosa la repetición. Bernardino de Pantorba refrenda su buena filiación de conocedor del arte en la expresión lograda a su paisaje de álamos, y Echauz, con un episodio de la guerra de liberación, recuerda el servicio de la Pintura a la Historia. Unico caso.

* * *



Queremos hacer un aparte con la participación hispano-ibérica. Tres nombres se señalan entre todos: García Llamas, filipino; Roque Moruvia, boliviano, y López Naguil, argentino. Los tres han realizado envíos de alto interés, y su participación al certamen nos hace pensar en una magna Exposición que recoja en España toda la obra de los artistas hispano-americanos. Sería una manera de conocimiento mutuo de gran importancia para afianzar relaciones espirituales. El portugués Fragoso se encuentra también en el certamen con una escultura en que ratifica su excelente escuela.

La participación femenina en la Exposición ha sido abundante y en ella han predominado los cuadros de gran composición. La incorporación de la mujer al arte es ya una realidad fecunda. Destaquemos entre las expositoras los nombres de María Teresa S. Gavitó con un lienzo de gran dimensión en todos sus significados; María Rosa Ruiz Martínez, también con dos envíos llenos de interés; Aurora Lescano, en coincidencia con su exposición particular; Teresa Condeminas, con maneras de excelente pintora; Carlota Fereal, Nelly Harvey, Mariana López Cancio, Marisa Roesset, Concepción Salinero, Carmen Molinero, Carmen M. Kleyser, Carmen Vives, María Roselló, María Rius, Justa Pagés, Condesa de Melgar, María Revenga, esta última con una seria aportación, y otras muchas mencionadas ya en el recuento de las salas.

El dato de la abundancia femenina es importante y conviene para llegar a resultados que alcanzan desde lo artístico hasta lo social. La presencia femenina en las salas obliga a muchas consideraciones, y no es la menor el tono de cortesía que imponen por la sola proyección de sus nombres de mujer, del cual se benefician en la ventaja todos los expositores.

* * *

La sección de Dibujo es la sala que este año está dedicada con sumo acierto a fundamento artístico tan importante. En ella ocupa el primer lugar entre los participantes José Caballero, que, en un alarde de técnica y conocimiento, nos ofrece una lección de bien

dibujar. Dentro del concepto surrealista—tan respetable como otro cualquiera—, nos conduce a la emoción y nos llega a la sensibilidad. La pluma en manos de Caballero es más que suficiente para abrir un mundo de sugerencias. En esta sala forman también Gregorio Prieto, el gran dibujante, más afortunado que en sus óleos; Mozos, Vaquero, Delhy Tejero, Lahuerta, Duce, Delgado y Molina, que resumen los mejores aciertos.

El Grabado cuenta con las firmas prestigiosas de maestros como Esteve Botey y de participantes conocidos y ya elogiados, como Alegre, Aristizábal, Casado, Sánchez Toda y Vila-Arrufat, este último con una prueba de interés. El conjunto, más que la obra singular, descartada la de Esteve Botey, es lo que da aliciente a esta sección.

La Escultura adolece de falta de participantes. Es el primer concursante Moisés de Huerta, que aspira al máximo galardón con una estatua ecuestre del Caudillo, que merece toda clase de elogios por la valentía y grandeza con que está planteada. Dadas las circunstancias apuntadas y los envíos hechos a las diversas secciones, la escultura merece una atención. Planes ha realizado, como siempre, un interesante envío, con acusado signo escultórico, lo que no es frecuente en nuestros artistas, y que señala con gracia y acierto su discípula Pilar Marquerie. En el Palacio de Cristal se presenta un grupo escultórico de indudable interés por el tema elegido y por la realización lograda. Se trata de la obra del Conde de Yebes, muy convenientemente dispuesta, y que en su concepto es una aportación muy interesante a la escultura animalística, de la que tan pocos cultivadores tenemos. El estudio anatómico, la disposición de las figuras y la concepción de los volúmenes constituyen una consecuencia digna del sincero elogio.

La lista de los escultores, no muy extensa, presenta un interés que hay que medir por el trabajo que supone. Insistimos en la importancia de su aportación, que hay que estimular, ya que cada año, por las dificultades que supone la ejecución y las escasas recompensas obtenidas, el concurso pierde alicientes. Por eso, más que analizar desaciertos, haremos recuento de nombres y de aciertos.



Forman en la lista: Asorey, siempre interesante; Gabino Amaya, el escultor que llevó a cabo el alto empeño de la representación de nuestros conquistadores y de la estatua erigida al pintor Morales. Esta vez presenta un «Halconero», obra realizada con originalidad y en donde la gracia de la postura elegida tiene ese aire ingrúvido, casi alado, que requiere la representación. En la línea del acierto se halla también Avalos Benlliure, con un retrato de su maestro y pariente, ejecutado con manera de gran escultor; Figueroa Felices, autor de un grupo que señala a su autor como una excelente promesa; Gargallo, Higuera, digno continuador de su padre; Láiz, buen captador de fisonomías; Llaudaró, con inquietante muestra; Martínez Penella, Monteverde, Sebastián Miranda (apartado siempre de concursos, hace ofrenda ocasional que recoge su manera singular de retratista), Monteverde, Peresejo, Pinazo, en constante ambición artística y con sobradas pruebas de conocimiento; Margarita Sans Jordi, tan elegante en su tratado del volumen; Vasallo, uno de nuestros mejores escultores jóvenes; Vicent y tantos otros olvidados en el recuento. El esfuerzo de todos ha conseguido que la sección exista con el mismo tono medio que su rival la de Pintura, casi siempre vencedora en los premios y por parecidos motivos. Todos tenemos el deber de prestar atención a este apartado del arte, que, entre tantas dificultades de ejecución, tiene la no pequeña de tener que luchar con las fábricas de esculturas, que han impuesto la serie frente a la obra de arte.

* * *

La Arquitectura merece por igual lo dicho a la Escultura; es decir, una mayor atención y aliento. Es la forma de que las participaciones y los estímulos abunden y se traduzcan luego en los certámenes en un mayor número de expositores. La Arquitectura, que inicia su renacimiento por el impulso y el entusiasmo de las nuevas generaciones, obliga a su ayuda. Pocos son los actuales concursantes; pero aunque todos ellos merecen un elogio por la sola participación, destaquemos la obra de Felipe López-Delgado, que,

sobre el mérito del proyecto del concurso presentado, se nos presenta siempre, además, como asiduo participante. Su envío posee, aparte de la originalidad que supone el emplazamiento del monumento y del saludo español a todo navegante (imagen de la imagen de la Virgen del Carmen en la isla Marola) que llegue a nuestras tierras, un buen conocimiento artístico, tanto en la concepción y decoración como en la realización. Otro de los participantes es Antonio Navarro, feliz autor de la reconstrucción del Palacio de Boadilla, en donde la bella arquitectura del maestro que lo creó ha adquirido todo el relieve en una inteligente obra que nos permite otra vez admirar el más bello motivo arquitectónico de la provincia de Madrid en una época determinada. Muy particularmente nos agrada el bello proyecto de dos arquitectos: Francisco Cabrero y Rafael de Aburto. Se titula «Proyecto de monumento a la Contrarreforma», y su pensamiento se ajusta y lleva tan perfectamente a la idea que lo motiva, y ésta se expresa en un lenguaje tan clásico y moderno a la vez, que lo juzgamos dentro de la más rígida norma arquitectónica original y muy importante desde su perspectiva hasta su detalle.

